

EL IMPERIO

FEDERICO DE ROBERTO



Una lúcida reflexión sobre la democracia y la política. La culminación de la trilogía que inspiró «El gatopardo» y una novela premonitoria de lo que sucederá en toda Europa.

Según Leonardo Sciascia, la trilogía de Federico de Roberto supone la novela más grande con que cuenta la literatura italiana después de *Los novios* de Alessandro Manzoni. «L'imperio» (1929) es una novela sobre el nacimiento de la democracia y sobre las luchas para mantenerla, que sirve de magnífico ejemplo sobre la situación actual. Es además un fresco histórico que precisa la situación de la Italia de finales del siglo diecinueve. Narra la historia de dos personajes. El primero es D. Consalvo Uzeda, príncipe de Franchalanza, un hombre ambicioso que tras ser nombrado diputado en Catania (Sicilia) se traslada a Roma. En la capital italiana Consalvo se convierte en un personaje relevante de la vida política, hasta el punto de que llega a ser nombrado ministro. El otro personaje es Federico Ranaldi, un joven idealista, que al sentirse traicionado por una sociedad oportunista y vacía se convierte finalmente en un hombre desilusionado de la vida. La novela narra con agilidad las disputas entre derechas e izquierdas, entre idealistas y pragmáticos, realizando un fiel retrato de los problemas y virtudes de un estado italiano que prácticamente acababa de nacer. Los mismos problemas y conflictos que siguen aquejando a los partidos políticos y a las democracias europeas hoy en día.

INTRODUCCIÓN

En 1929, la editorial Mondadori de Milán publica póstuma la novela «El Imperio» de Federico De Roberto, gracias a la edición llevada a cabo por el crítico Giovanni Titta Rosa a partir del texto manuscrito que el autor dejó incompleto antes de morir. Así finaliza la historia editorial de una novela que comenzó muy probablemente tres décadas antes en el escritorio de un De Roberto angustiado por la enfermedad y por las exigencias de una madre demasiado posesiva. A pesar de que los primeros cinco capítulos estaban ya escritos en 1894, el proceso de creación se interrumpe porque su autor, tal vez decepcionado por el escaso éxito que tuvo su novela «Los Virreyes», intensificó su producción ensayística y periodística, colaborando con artículos muy diversos en el *Corriere della Sera*. En 1908, sin embargo, De Roberto retoma sus apuntes porque tiene intención de escribir una novela de impacto, «un libro terrible» como él mismo lo define. La novela que había esbozado años atrás sobre la vida parlamentaria le exige en estos momentos una preparación que sólo puede alcanzar en Roma, en el ambiente político y periodístico de principios de siglo. En la capital de la nueva Italia, el novelista se documenta visitando frecuentemente los centros tradicionales del poder: las redacciones de los periódicos y el Parlamento. Lo hace con el interés de vivir en primera persona el desarrollo de los acontecimientos históricos más relevantes del momento, aquellos que estarán presentes a lo largo de los nueve capítulos de «El Imperio».

Nacido en Nápoles en 1861, De Roberto no pudo vivir los intensos episodios del *Risorgimento* italiano, pero fue testigo del lento proceso de unificación de Italia. Desde Catania, ciudad a la que se trasladó siendo niño, pudo observar que los grandes problemas sociales que debía solucionar la nación italiana se agudizaban con los años, y que la unidad social que el nuevo Estado pretendía instaurar tardaba en llegar. Las diferencias entre las clases dirigentes y las clases medias seguían existiendo, así como el abismo entre las estructuras económicas y sociales del Norte y del Sur de la península. El descontento general aumentaba además con las disposiciones del Gobierno sobre subidas de impuestos, aplicación de la legislación piemontesa a todo el territorio italiano o la reforma de la ley electoral. La nueva realidad italiana, por tanto, va a provocar irremediablemente un enfrentamiento entre la aristocracia y la burguesía, dando lugar a esa «imperceptible sustitución de castas» que describe Giuseppe Tomasi di Lampedusa en «El Gatopardo», pero que ya está presente en la obra de De Roberto.

«El Imperio» forma parte de la trilogía que junto a «La Ilusión» (1891) y a «Los Virreyes» (1894) dedicó De Roberto a la familia Francalanza-Uzeda, nobles de origen español, «más conocidos en Sicilia con el apodo de los Virreyes, pues hacían gala de contar entre sus antepasados con algunos de ellos». En las dos primeras novelas, el escritor nos narra la transformación político-social que sufrió la familia Uzeda entre los años 1855 y 1882, justamente cuando se produjo el paso de la dominación borbónica al nuevo Estado unitario y al régimen parlamentario. Los personajes, por tanto, reflejan ese estado de ánimo de gran parte del pueblo italiano que había visto caer los mitos del *Risorgimento* y a duras penas se adaptaba al nuevo mundo «burgués» y «democrático». Por ello, De Roberto describe, a veces con gran teatralidad, el proceso de degeneración de una clase social arraigada con fuerza en la tradición feudal siciliana en

imágenes narrativas tan elocuentes como el funeral de la vieja princesa Teresa que encontramos en «Los Virreyes». Pero sus protagonistas son también conscientes de que el grupo social al que pertenecen ha cumplido su ciclo de vida y está condenado a desaparecer. Es inútil, pues, aferrarse al pasado y poner empeño en que esta nobleza sobreviva en la nueva realidad italiana. Convencido de esto, Consalvo Uzeda, príncipe de Francalanza, decide entrar en el mundo de la política para seguir conservando el prestigio de su noble familia. Este personaje que aparece ya en las últimas páginas de «Los Virreyes», se convierte en paradigma indiscutible del «transformismo político» en la novela «El Imperio». El diputado de Francalanza será capaz de cambiar de opinión y de partido si ello le va a suponer alcanzar la cima del éxito y el reconocimiento general de la clase política. Su ambición es tan grande que no duda en servirse de momentos personales tan delicados como la muerte de su tío, el duque de Oragua, o el grave atentado que sufrirá para alcanzar su gran sueño de convertirse en ministro. Buscando esta autoafirmación personal y social, Consalvo Uzeda se deja convencer para protagonizar unos de los momentos más brillantes de la novela, el discurso que pronuncia contra el socialismo. Son páginas de ferviente teoría política que De Roberto plasma para describir un utópico sistema político-social que apenas comenzaba a surgir en los ánimos de la clase obrera de principios del siglo XX.

En medio de disputas políticas e hipocresía aristocrática, aparece la figura del segundo protagonista de «El Imperio», Federico Ranaldi, perteneciente a una familia noble acomodada del sur de Italia de tradición borbónica. El joven Ranaldi, sin embargo, defendiendo sus ideales post-unitarios decide trasladarse a Roma para vivir con el entusiasmo de su juventud los primeros años de vida de esa Italia «una, libre, grande». Su ingenuidad le hace vivir con profundo respeto e infinita ilusión la sesión parlamentaria que

se narra en el primer capítulo de la novela, aunque en ese momento también intuye lo que será su percepción madura de la vida política en la Roma de finales del siglo XIX: «al levantarse en medio de esa confusión, Ranaldi tropezó y se apoyó con una mano en una columna. Entonces, notó que la sólida columna que sostenía el solemne arco era de madera forrada de cartón».

La hipocresía parlamentaria y el cinismo del diputado de Francalanza, al que termina conociendo de cerca, provocan en Federico Ranaldi con el paso de los años una decepción del sistema democrático, de ese régimen que él califica de perfecto, y que lo conduce a convicciones filosóficas cercanas al nihilismo. En el capítulo final, ambientado en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, Ranaldi regresa a su ciudad natal abatido y desilusionado. Son páginas desgarradoras de auténtico pesimismo leibniziano, donde «el bien es un intervalo del mal, así como el placer es una tregua del dolor», negando por ello el progreso de la civilización y de la naturaleza humana.

EL IMPERIO

Capítulo 1

Cuando Ranaldi se asomó desde la baranda de la tribuna, justo donde había apoyado el catalejo que sostenía su mano derecha, la sala estaba desierta. El reloj marcaba las dos y fuera por miedo a perderse el principio del espectáculo o porque había subido las escaleras demasiado deprisa, el joven llegó sofocado, además de un tanto desconcertado y cohibido. Se encontró con un *bersagliere*^[1] de guardia en el portón y, al subir al primer piso, un ujier le advirtió que debía dejar su bastón, mientras que más arriba, en la sala que estaba ya abarrotada de periodistas voceantes, otro ujier le pidió que le mostrara su carnet al sospechar que pudiera tratarse de un intruso. Toda esa solemnidad y desconfianza, tantas caras anónimas, el desconocimiento del camino y la equivocación de entrar en la sala del telégrafo en vez de subir hasta el último tramo de escaleras, lo habían intimidado y avergonzado aún más. Sin embargo, la impresión no fue tanta como para impedirle percibir la angustia, la fealdad y la oscuridad del lugar. Sabía que la entrada principal estaba destinada a los parlamentarios y que se accedía a las tribunas por otro lado que, sin embargo, podría haber estado más luminoso y adecentado, ya que los primeros tramos de la escalera que subió Ranaldi estaban tan oscuros que llegó a un punto en que se vio obligado a encender un fósforo para no chocar contra la pared. Más arriba, la lámpara de gas iluminaba la antesala y el pasillo, dejando atrás ese reducido, ensortijado e indigno recorrido que hizo hasta llegar a la tribuna, propio de un teatro de tercera. Al subir la última rampa de la empinada y

estrecha escalera de madera que encontró, le pareció estar escalando hacia un estudio fotográfico^[2].

Un sordo y creciente alboroto lo llevó a apresurarse, creyendo que los asientos estarían todos ocupados, puesto que había sonado ya la campanilla del Presidente. Sin embargo, la tribuna de prensa estaba vacía, como también estaban semivacías las salas contiguas, excepto una, la pública, donde se apretujaban los curiosos. En el Hemiciclo no había nadie, estaba desierto. Algunas personas, tal vez los secretarios, ordenaban papeles en el escaño de la Presidencia, mientras que unos pocos parlamentarios confabulaban a la entrada. Solamente uno estaba sentado en su sitio, justo en uno de los últimos asientos de la fila más alta de escaños. Ranaldi comprendió que aquella debía ser la Extrema Izquierda. Pero no tenía claro todavía si la derecha y la izquierda de la Cámara, que daban nombre a los grupos políticos, sería donde estaba sentado el Presidente mirando hacia la asamblea o la zona de los parlamentarios vueltos hacia la presidencia. Solamente se orientó cuando vio a un puntual y solitario parlamentario en una esquina del borde del Hemiciclo: esa era la *Montagna*^[3]. Se dio cuenta además de que en la esquina opuesta de esa misma última fila, una lápida negra con una inscripción en oro destacaba entre el resto de escaños de igual color, entonces confirmó su suposición: ese era el puesto de Garibaldi que, tras su muerte, nadie había ocupado. El joven no consiguió leer, ni siquiera con el catalejo, lo que ponía la inscripción. En la lejanía se divisaban las papeletas del referéndum que se encontraban en el banco de la presidencia. Ante la grandiosidad de la sala, Federico sintió cómo iba desapareciendo en su interior esa mezquina impresión que le había causado el llegar hasta allí, mientras que al mismo tiempo lo envolvía un sentimiento de profundo respeto. Había algo de templo en ese espacio, tal vez en la solemne subida de las gradas desde la penumbra que invadía la parte baja del Hemiciclo hasta el cielo del lucernario de donde manaba una sosega-

da claridad uniforme, sin contrastes de luces y sombras; o en la suntuosidad de los arcos y en la gravedad de las columnas que rodeaban las tribunas, pero sobre todo, en el imponente escaño presidencial, alto y sólido como un altar entre lápidas sagradas, entre las que sobresalían las efigies de los Reyes. ¿Acaso no era éste el templo en donde se reunían los fieles para el culto de la Patria y en donde se celebraban los ritos pertinentes para ello?

Las voces de los periodistas que comenzaban a entrar en la tribuna disuadieron a Ranaldi de la contemplación. Dos de los que hablaban animadamente en la pequeña sala continuaron discutiendo hasta el momento de ocupar sus asientos, pero no con el acaloramiento del principio, sino en voz baja.

—¡Verás, verás!, —decía el más pequeño y delgado, con una barba en punta, a su compañero que era pequeño como él pero un poco más gordo y llevaba unas gafas de oro en su tersa cara sonrojada. Este replicaba, parándose y sacudiendo la cabeza:

—¡No, no es posible! ¿En el último momento?

—¡No, todo lo contrario!... ¿Por qué?... Todo se había preparado con la máxima cautela... Las declaraciones del Gobierno servirán de pretexto...

—Pero si todavía no se conocen...

—¡Norsa, vamos! ¡Eres demasiado ingenuo! Cualquier cosa que declare el Gobierno...

—¡A votar, a votar!, —exclamó un tercer periodista que había entrado apresuradamente en la tribuna, seguido de otros compañeros de los que quería deshacerse, repitiendo: «¡A votar, a votar! ¡La discusión se ha acabado!».

—Entonces, ¿se votará? —preguntó otro.

—Puedes telegrafiar a la *Gazzetta* adelantando la victoria del Gobierno.

—¡Pero, mira! ¡Fíjate! —ante esa nueva voz que resonaba agudamente, Ranaldi se volvió y pudo observar a un reportero que acababa de llegar y que apuntaba hacia al-

guien en la sala, advirtiendo al mismo tiempo que el Hemiciclo estaba abarrotado de gente.

—Pero, fíjate, ¡Vittoni entra cogido del brazo de Luzzi!

—¿Se han echado atrás en las propuestas tan combativas que propusieron ayer?

—¡Payasos!

Los parlamentarios bajaban las escaleras lentamente, parándose de vez en cuando, algunos con las manos en los bolsillos o con los pulgares en el escote de los chalecos y otros llevando papeles y periódicos. Muchos de ellos tomaron asiento en los escaños de las filas más bajas, aunque había quien estaba todavía de pie. Un numeroso corrillo se fue formando justo donde comenzaba la escalera de la izquierda, aumentando con los que llegaban en ese momento y con los que se les impedía el paso. Llegaron también reporteros nuevos a la tribuna de prensa. La puerta chirriaba constantemente y las exclamaciones se entrecruzaban.

—¡Ahí estoy viendo el balandrán de Sarchini!

—¡Precioso, el chaleco blanco de Valta!

—¿Pero qué tiene el pequeño Pallastrini?... ¡Peppino! ¿Eh, Peppino, qué te pasa?

Ranaldi, mirando con el catalejo, reconoció en aquel que gesticulaba tanto al célebre orador Pallastrini, Giuseppe Pallastrini, cuya cabeza calva, esférica como una bola de billar, había visto tantas veces dibujada en la sección humorística. Tras una gran barba blanca, nariz afilada y un par de gafas de oro reconoció a otro célebre parlamentario, Gori, el austero radical. Lentamente, a medida que los periodistas iban nombrando o señalando a otros personajes conocidos y gracias también a los retratos o caricaturas de los mismos, fue centrando su atención en Gori, por ejemplo, el gran patriota bresciano, superviviente de las Diez Jornadas^[4], cabeza de camafeo por sus venerandas canas, o Marco Leoni, el garibaldino aristocrático, uno de los Mil^[5] llamado ahora «el alumno carabinero» por la rigidez de sus principios conservadores. Leoni era alto, delgado, elegan-

te, con ademán altivo y aire de diplomático gracias a su levita abotonada, todo lo contrario a Boldretti, con actitud imponente en el extremo contrario del Hemiciclo, con un sonrosado y rechoncho rostro que parecía estar congestionado. Lucía espesos cabellos grises y un poblado bigote corto que conservaba todavía su color negro. Boldretti era uno de los cabecillas de la Izquierda, el mismo que inspiró la idea de un *Campidoglio* democrático, un orador fogoso e impetuoso. Pero eran demasiados los rostros desconocidos que pasaban por el campo de visión del catalejo de Ranaldi, buscando en vano reconocer a todos aquellos que los periodistas iban nombrando, llamándolos en tono confidencial, dirigiéndoles preguntas, consejos y algún que otro chiste: «Barresi está buscando una idea en el chaleco de Santorelli... Corre la voz de que Cozzi-Balestri se ha cambiado de chaqueta... Salandra, no le busques las cosquillas al pobre de Bacchini...».

Una vez bajado el catalejo, el joven lanzó una mirada panorámica a todas las tribunas que se habían llenado por completo. Las correspondientes a la Presidencia tenían aspecto de vastos y elegantísimos palcos, con señoras que ocupaban las barandas, vestidas en suaves tonos y sombreros floreados, mientras que en el fondo se encontraba una fila oscura de hombres en pie. En otra tribuna, hacia el extremo izquierdo, se veían solamente señoras, las esposas de los parlamentarios, por supuesto. Muchos más iban tomando asiento en las tribunas restantes. Quedaron vacíos sólo los escaños reales y los de los laterales.

Abajo en la sala, entre el gentío, comenzaba a surgir ese ruido sordo y confuso de la muchedumbre, se veía cierta animación. Los ujieres, en un ir y venir apresurado, llevaban papeles y tarjetas, colocaban las carpetas en los escaños de los ministros o se acercaban a algún diputado que entonces dejaba de conversar con sus colegas. Estampidos de risas y palabras pronunciadas en voz alta ganaban terreno al

susurro, al zumbido de colmena y provocaban nuevas observaciones y comentarios entre los periodistas.

—¡Escucha, escucha cómo grazna Bettioni!

—Malvagna anuncia que el grupo Picanelli se ha trasladado a Frasean para esperar el resultado de la votación.

—¡Si el Gobierno llega jodido a la letra P, son capaces de venir todavía!

—¿Pero qué sucede? ¿Desde cuándo el alumno carabinieri se abandona a la lectura del Squillo?

—Dentro de poco dará tres toques^[6].

—¡Bravo Cerego, ésta es buena!

Al escuchar el nombre de Cerego, Alvise Cerego, uno de los periodistas romanos con más reputación, Ranaldi se volvió para mirarlo. Era alto, delgado, vigoroso, muy nervioso, con pequeños ojos chispeantes de penetrante mirada que giraba constantemente. Cerego, «Pif» de la *Era*^[7], se apoyaba en la baranda, sonreía a sus amigos diputados, tosía con fuerza para llamar la atención de quienes no hacían caso de la Tribuna, contaba algún chiste o soltaba alguna broma a sus colegas, mientras que estaba pendiente de todas las conversaciones, noticias o comentarios que pudieran hacerse.

—¿No sabéis lo de Maineri? ¡No viene por miedo a Costi!

—El orgulloso Mabelli se acerca al honesto Ghironi... se inclina ante él... le da un apretón de manos.

—¡No, pero mirad, es demasiado canalla!

—Ortesi, dime, ¿es verdad que Toldi no regresará ya de Milán?

—¡No, parece que tiene alergia a Borsetti!

Ranaldi identificó al periodista que había respondido con ese chiste (Ortesi, «Dragutte» del *Pantagruel*^[8]) como uno más de los humoristas. Parecía joven de aspecto, imberbe, con apenas una sombra de bigotes rubios sobre la-

bios carnosos, con nariz afilada y un gran mechón de cabellos castaños en la frente.

—Esto sí que es una falange compacta, —observaba apoyado en la baranda.

—¡Alrededor de Giovannino: Tremarchi y Settemini hacen diez, más Ottoboni, dieciocho!⁹¹!

Al verse observado por Ortesi en el momento que gastaba esa broma, Ranaldi sonrió. Le hubiera gustado muchísimo entablar una conversación con el avisado reportero, pero Dragutte, volviéndose hacia otro lado, pudo ver cómo se acercaba un compañero suyo, un apuesto caballero con barba y anteojos, con un sombrero que ocultaba su calvicie. Sus manos enguantadas traían además un gran fajo de periódicos.

—¡Oh, el Gobierno...! ¡Demos la bienvenida al Gobierno! ¿Alguna noticia de los abanderados?

—¿Algún reajuste? ¿Alguna noticia bomba? ¿O alguna alianza?, —incitó otro periodista, dirigiéndose al recién llegado. Este, dejando sus cosas en su asiento, tomó su larga barba y, con el puño cerrado, comenzó a acariciarla hasta la punta. Después respondió con estudiada gravedad:

—El Gobierno decidirá si responderá y cuándo lo hará...

—En serio, Colombo, —comentó otro—, ¿es verdad que tu principal no ha querido recibir a Zarini?

—¡Pregúntaselo tú al tuyo que es quien lo ha mandado!

Ataques y defensas se iban sucediendo entre risas, mientras que Ranaldi admiraba la virtud de aquella recíproca tolerancia. Sin haber tenido guía, comenzaba ya a orientarse. El «Gobierno» eran, pues, Egidio Colombo, el Colombo de la *Nazionale*, más el Boletín de la Liga de la Izquierda, el órgano de Milesio, Presidente del Consejo de Ministros. Otro nombre pronunciado muchas veces a sus espaldas: «¡Borsi! ¡Diputado Borsi!», le ayudó a conocer a Scipione Borsi del *Quotidiano*, el diputado periodista del *Triunvirato*, que había subido a la tribuna de prensa de visi-

ta y que rápidamente se vio rodeado de sus ex-compañeros.

—¿Dónde está Avallini? ¿Habéis visto a Avallini?, —preguntaba. De repente, abriéndose la puerta una vez más, le respondieron: «¡Aquí está!».

Ranaldi se sintió decepcionado. Baldassarre Avallini, el «Señor de Camors», era un hombre entrado en años, rechoncho, algo cabezón y calvo, con enormes orejas y una nariz salpicada de manchas de viruela. Cada vez que leía en la Bandiera sus artículos rebosantes de ingenio, con un marcado sabor artístico, Ranaldi se lo imaginaba joven y elegante, más parecido a Morello dell'Era que estaba llegando justo en ese instante y al que un compañero lo llamaba: «Morello..., dime, Morello...». Era una especie de oficial de caballería vestido de paisano, con la cara delgada, nariz aguileña y bigotes de conquistador. Tema poco pelo, pero distribuido sabiamente. Llevaba un monóculo en el ojo izquierdo y gran ramo de violetas en el ojal, abultado por las hojas que lo rodeaban. Inesperadamente la voz resonante de Cerego llamó de nuevo su atención hacia la sala:

—¡Los abanderados, los abanderados!

Eran los ministros que justo en ese momento hacían su entrada y se dirigían a sus asientos. Acusados por el *Triunvirato* tras la ruptura de febrero de no representar ya a la Izquierda, uno de ellos, Piretti, aseveró que sólo habían quedado «los abanderados». Desde ese momento se les llamó así. Si bien había quien se dirigía a ellos con acento solemne, los adversarios utilizaban cierto tono de ironía al nombrarlos.

—¡Pero qué estupendos van!, —exclamaba Cerego, mientras tanto.

—Mira a Luzzi: ¡qué serafín! ¡Parece tan amable y honesto...!

—¡No, mirad la cabeza de Varinuzzi... es impagable...! ¿Y qué hace Milesio? ¿Se está tocando el trasero? ¿Está